

CELESTE Y CARACARA

La búsqueda del árbol ancestral

Carolina Muñoz


EDITORIAL
UDEC

Celeste y Caracara: La búsqueda del árbol ancestral

©Carolina Muñoz Pérez

Registro de Propiedad Intelectual N° 2024-A-7649

Libro digital

ISBN 978-956-227-609-2

Editorial Universidad de Concepción

<https://editorial.udec.cl/>

E-mail: editorial@udec.cl

Primera edición, octubre 2024

Edición y diseño: Dra. Carolina Muñoz

Ilustraciones: Catalina Gutiérrez Obrequé

Mapa: Francisco Guzmán Seguel

Coordinación editorial: Nicolás Ponce de León C.

Edición general: Óscar Lermanda

Esta obra está bajo licencia Creative commons 4.0 Internacional Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-ncnd). No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

5

CAPÍTULO I

Es hora de volver a la ciudad de Ko

10

CAPÍTULO II

Caracara, el guardián de la tierra oculta es un ave mágica

18

CAPÍTULO III

El árbol ancestral posee las memorias de todo lo
que habita

27

CAPÍTULO IV

Kurus de Ika, la isla de los basurales

32

CAPÍTULO V

Nawhl de Tsu, la ciudad inundada

38

CAPÍTULO VI

Miciops de Mor, el campo seco

45

CAPÍTULO VII

Capreo de U-Ek, los bosques de fuego

51

CAPÍTULO VIII

Vulpín de Olú, la ciudad de las chimeneas

58

CAPÍTULO IX

Buscaré un libro en la biblioteca, para descifrar el código

63

CAPÍTULO X

El destino del planeta está escrito en las raíces de un árbol



CAPÍTULO I

ES HORA DE VOLVER A LA CIUDAD DE KO

Celeste amaneció en su vieja carpa negra en medio del bosque. “Es hora de volver a la ciudad de Ko”, dijo en voz baja. “¿Qué día es hoy?”, se preguntó; revisó en su bitácora y escribió: “21 de septiembre del año 3000”.

Todavía había rocío en la hierba. Era una mañana fresca y el sol apenas comenzaba a asomar en el horizonte.

Dejó su bitácora, se vistió y salió de la carpa, cerrándola detrás de ella. Miró hacia el cielo y vio una bandada de golondrinas que se dirigía hacia el bosque cercano. Sonrió, sabiendo que las golondrinas volvían a estas tierras durante la primavera.

Comenzó a caminar hacia el borde del bosque, tratando de mantener el sol sobre su hombro derecho, como normalmente intentaba hacerlo. Siguió al sol, sirviéndose de una brújula para poder permanecer siempre en el camino deseado.

El sol iluminaba cada paso, brindándole el conocimiento de dónde estaba y dónde quería estar. Actuó como una guía y una garantía, permitiéndole comprender no solo qué dirección tomar, sino también darse cuenta de que cualquier viaje que tuviera por delante, sin importar cuán largo fuera o cuán difícil pudiera parecer, ella sería capaz de emprenderlo.

Celeste vivía cerca de la pequeña ciudad de Ko, a lo lejos se podía ver el cielo humeante del volcán. Su casa era un pequeño refugio en la montaña que se cernía sobre una losa de roca en un acantilado en el valle de La Ventisca. Las paredes de su refugio estaban hechas de vidrio e irradiaban un brillo que se podía ver a kilómetros de distancia, los materiales naturales abundaban en sus espacios, desde accesorios rústicos de madera hasta pisos de piedra y techo de paneles solares.

El Valle de la Ventisca era un pueblo utópico en medio de una ciudad que logró sobrevivir la crisis climática.

Los habitantes del valle eran un grupo diverso de personas: aventureros, científicos y artesanos. Para poder mantener el lugar, todos trabajaban juntos. Desde los agricultores que cuidaban la tierra fértil hasta los expertos en energía alternativa, todos tenían un lugar. Ella y su familia se habían mudado recientemente allí y habían estado trabajando para convertirse en parte de la comunidad. Ya habían conocido a algunos vecinos, y junto con otros entusiastas de las energías renovables había descubierto

una forma innovadora de usar energía de fuentes naturales sin comprometer el carácter único del Valle.

Pronto, la comunidad fue capaz de satisfacer muchas de sus necesidades con energías renovables. Los jardines y huertos orgánicos se extendían por todo el valle y gracias al uso del sol y del viento producían electricidad. Los habitantes descubrieron que tenían más tiempo para hacer lo que amaban y pasaban mucho tiempo al aire libre, especialmente Celeste, quien se sentía fascinada con el volcán cercano y el árbol misterioso que crecía allí.

Un día Celeste decidió explorar la zona para descubrir sus secretos. Durante la mañana de ese día organizó su mochila y su carpa junto con algunas provisiones para la noche. Guardó su comida y emprendió el viaje.

El camino hacia el volcán era arduo, serpenteaba a través de un terreno accidentado y estaba cubierto de rocas irregulares y luego se abría por un bosque. Celeste avanzaba sin temor a lo desconocido. Los pinos, cipreses, sauces y laureles llenaban el aire con una rica fragancia que inhalaba profundamente.

Celeste podía sentir que una energía cálida emanaba de los árboles como si toda la vida de la montaña se hubiera reunido para abrazarla. Inmediatamente se sintió conectada a la naturaleza de una manera que nunca había experimentado. A medida que se acercaba a la falda del volcán, un árbol solitario extendía sus ramas en solemne observancia de su andar. Este antiguo centinela había observado a innumerables viajeros emprender su propia búsqueda de comunión y revelación con la naturaleza; esta vez también observó a Celeste, mientras se sumergía en el bosque nativo.

Al llegar al árbol misterioso, Celeste se detuvo mirando los enormes troncos y numerosas ramas que se extendían por el cielo. Estaba tan enamorada de lo que veía que no pudo evitar sentarse bajo el árbol, para disfrutar del momento.



Contempló un atardecer hermoso y luego decidió armar la carpa bajo el árbol antes que oscureciera.

El viento comenzó a intensificarse, Celeste pensaba que el viento fuerte era como un ser salvaje, que atravesaba el cielo con fuerza y ferocidad sobrenatural... “a veces me siento como este viento”, pensó y al mismo tiempo se preguntó cómo podía sentir una mezcla tan caótica de emociones todos los días.

Siendo una exploradora curiosa y siempre en busca de respuestas, sabía que debía encontrar una forma de manejar sus emociones. Recordó su nombre y respiró profundamente. Miró el cielo. Volvió a respirar profundo y se llenó de energía, relajándose en ese estado de apertura.



CAPÍTULO 2

CARACARA, EL GUARDIÁN DE LA TIERRA OCULTA ES UN AVE MÁGICA

“**S**oy tan afortunada de vivir cerca de un volcán!”, pensó en voz alta Celeste. “Estoy segura de que hay ecosistemas increíbles para explorar. No puedo esperar a ver lo que encuentro”. Con una emoción renovada, Celeste se acercó nuevamente al árbol.

Observando cuidadosamente a su alrededor, ella comenzó a ver formas extrañas que no había visto antes. Grandes árboles con raíces de color naranja y pájaros que trinaban melodías desconocidas. “Esto es realmente maravilloso ¿Cuántos milenios han vivido estos árboles? ¡Tengo que averiguarlo! Seguro que tienen una historia fascinante. Definitivamente voy a investigar”.

Mientras examinaba las raíces, Celeste descubrió un pequeño símbolo en la raíz más gruesa de un árbol. “¿Qué es esto?”, se preguntó mientras dibujaba el símbolo en su bitácora de viaje. Siguió hurgando en la raíz y pronto vio algo más. Una pequeña cápsula, muy bien guardada y protegida bajo la tierra.

Celeste no pudo contener su curiosidad y extrajo la cápsula de la tierra para observarla mejor. La tapa estaba sellada, pero el sello no parecía antiguo. “¿Cuánto tiempo ha estado esta cápsula aquí?”, se preguntó Celeste.

“¡Esto es increíble!”, exclamó emocionada e intrigada al mismo tiempo. Con extremo cuidado, abrió la cápsula. Dentro había un mapa polvoriento y gastado con información sobre la crisis climática. Tenía unos códigos alfanuméricos, y lo que parecían direcciones de diferentes ciudades. Celeste examinó el mapa con gran interés, intrigada por lo que podría significar su descubrimiento.

Entonces se dio cuenta de algo aún más sorprendente: en la parte inferior del mapa había una nota manuscrita que decía *Tierra oculta*. Celeste se quedó boquiabierta. Estaba mirando el mapa de un lugar que nadie conocía y que había estado desde hace mucho tiempo oculto, y ahora ella tenía la oportunidad de descubrirlo.

En el centro del mapa estaba el mismo símbolo que encontró en la raíz. Sacó una lupa de su mochila y revisó el símbolo



que le pareció un diagrama, lo tocó y repentinamente viajó a una dimensión paralela. El viaje a la dimensión paralela era un viaje vertiginoso, en la que parecía que el tiempo se había detenido y el espacio se había expandido. Todo se había vuelto silencioso de repente. Celeste estaba rodeada por un mar de luz, tan resplandeciente que no podía ver a su alrededor.

Después de un intenso momento de conciencia, en el que pudo ver el pasado, el presente y el futuro al mismo tiempo, la luz se suavizó y Celeste pensó que todo lo que sabía sobre el tiempo y las dimensiones era muy limitado, “¿acaso el tiempo no era lineal?”. Se sentía un poco confundida.

La pregunta no es a qué tiempo, sino a qué mundo, musitó Celeste, perdida en la inmensidad de las posibilidades que se le habían abierto. Pero ¿qué significaba haber viajado a una dimensión paralela si todo parecía igual?, miró a su alrededor y vio que estaba de pie al lado del mismo árbol, pero al mismo tiempo era diferente.

De pronto descubrió que las hojas del árbol se movían mucho más suavemente y el canto de los pájaros le recordaba una sinfonía de Arvo Pärt. Esto era el mundo en un estado de equilibrio. ¿Estaba acaso en la *Tierra oculta* que había encontrado en el mapa? La luz del sol inundaba el bosque con una potente luminiscencia, todo era fulgor.

Celeste estaba decidida a entenderlo todo, sea cual fuere el resultado, caminaba despacio, sabiendo que estaba en algún lugar mágico. “¿Quién habrá ocultado el mapa? ¿Por qué en su escuela no se hablaba de las dimensiones paralelas? ¿Por qué no había información sobre la *Tierra oculta* en la biblioteca?”, las preguntas se acumulaban en su mente. ¡Todo había cambiado! Las respuestas a esas preguntas comenzarían a surgir a medida que continuara investigando y observando.

La *Tierra oculta* era un mundo verde y lleno de belleza, incontables flores y árboles diversos en todas partes, aves trinando melodías inconcebibles y aromas que llenaban el aire con la esencia pura de los bosques. Celeste estaba asombrada. Fue entonces cuando sintió una brisa ligera cerca de su espalda, se giró buscando a su alrededor y vio un pájaro de alas translúcidas volando cerca de ella.

“¿Vives aquí?”, dijo Celeste, acercándose al pájaro lenta y suavemente. “Sí. Has llegado a un lugar especial, un lugar que muy pocos han visto antes”, contestó el pájaro, para su asombro. “¿Quién eres?”, volvió a preguntarle, no sin antes disimular su asombro. “Soy Caracara, guardián de este lugar sagrado. Te he estado observando y sé por qué has venido”. Celeste, entonces, se dio cuenta de que estaba en un lugar muy especial.

Caracara era un pájaro extraordinario. Tenía la capacidad de volar a velocidades increíbles y comunicarse con otros animales o humanos. A veces, Caracara podía transformarse de acuerdo con los estados vibratorios de los seres y a los espacios a su alrededor. Caracara hablaba acerca de un pueblo antiguo en las montañas cercanas que siempre habían tenido un vínculo muy profundo con la naturaleza y las energías y le explicó que ese pueblo había usado las fuentes de energía para mantener el equilibrio del planeta por miles de años, pero que en los últimos años los habitantes del mundo se habían vuelto tan individualistas y mezquinos, que todos y todo estaba en grave peligro.

Celeste pensó que era su deber encontrar la fuente primordial de esa antigua energía y ayudar a los habitantes del mundo a restaurar el equilibrio. Caracara trino con tanta fuerza que Celeste sintió que se le salía el corazón, “¿Puedes leer mi pensamiento?”, se atrevió a preguntarle a Caracara. Caracara rio con grandes carcajadas. “Puedo sentir tu deseo de explorar y descubrir los secretos del mundo natural. Puedo ayudarte, si lo deseas”.



“¿En serio? Eso sería increíble. No conozco mucha gente que entienda mi pasión por la naturaleza”. Mientras volaba hacia el árbol Caracara afirmó rotundamente: “No estás sola, Celeste. Puedo guiarte, enseñarte. ¿Estás lista para comenzar un viaje extraordinario?”. Las palabras de Caracara resonaron como un trueno en el espacio.

Feliz por la nueva aventura que se venía por delante, Celeste encontró un momento para anotar en su bitácora sus impresiones del encuentro con Caracara,

Caracara, el pájaro guardián de la tierra oculta, es un ave mágica.

Mi abuela solía decir: “Las aves son seres poderosos. A menudo se les asocia con las fuerzas de la naturaleza”.

De pronto recordó que estaba en otra dimensión y se preguntó, muy confundida, cómo volvería al Valle de la Ventisca, buscó en su mochila el mapa y vio que en la parte superior decía: “Pregunta a Caracara, él te mostrará el camino”. “Pero esto no estaba en el mapa”, pensó Celeste.

Entonces vio a lo lejos al pájaro guardián y notó que yacía sobre la rama más alta del árbol misterioso, le hizo señas al pájaro para que se acercara y poder preguntarle lo que la estaba preocupando.

A Celeste se le escapó un suspiro, sacó fuerzas de su interior y le dijo a Caracara: “¿Cómo voy a volver a la ciudad de Ko?”

Caracara se quedó mirándola un momento, pensando en su respuesta. Voló alrededor de ella y le explicó serenamente: “recuerdas que en el mapa está el dibujo de un símbolo místico”; “sí, lo recuerdo”, le contestó Celeste y volvió a investigar el mapa ocultando el tremendo agobio que estaba sintiendo.

“Cada vez que miro el mapa aparecen símbolos y mensajes diferentes”, le comentó tratando de no parecer muy asombrada.

Caracara sonrió y asintió moviendo con elegancia la cabeza. “Es un mapa mágico. Nos llevará a todos los lugares que quieras explorar”. Celeste se sintió inmediatamente un poco menos abrumada por el hecho de no tener todas las respuestas.



CAPÍTULO 3

EL ÁRBOL ANCESTRAL POSEE LAS MEMORIAS DE TODO LO QUE HABITA

“Aún no estaba segura de adónde debían ir o cuál era el siguiente paso. Caracara dijo con convicción: “Tenemos que encontrar el árbol ancestral que posee las memorias de todo lo que habita y el conocimiento de cada uno de los seres sintientes que alguna vez vivieron en el planeta”. Celeste estaba deslumbrada por el propósito que se le había sido dado.

“Pero yo no he visto muchos árboles, ni otros bosques, además las ciudades tienen árboles pequeños”, le dijo a Caracara, saliendo de su asombro. “Aún quedan bosques antiguos”, respondió tajante Caracara. “Está bien, pero ¿cómo vamos a encontrar ese árbol precisamente?”, insistió Celeste.

Caracara pensó por un momento, luego aclaró: “Sabemos que el árbol ancestral se encuentra en alguna parte de la región, así que tendremos que explorar los alrededores para encontrarlo”. “Está bien, pero ¿cómo vamos a encontrarlo?”, volvió a preguntar Celeste. “¿Cómo voy a reconocerlo entre todos los árboles?”. Caracara movió la cabeza, entendiendo el dilema de Celeste. “Tendrás que confiar en ti misma”, le respondió enigmáticamente el pájaro.

De sus plumas aparecieron unos suaves destellos que se transformaron en un colgante de plata con forma de pájaro, la misma forma de Caracara, pero más pequeño y aún más luminoso. “Toma este colgante, Celeste”, le susurró Caracara mientras movía sus plumas para que Celeste pudiera extraer la preciosa joya. “Este colgante te guiará hasta el árbol ancestral, solo tienes que seguir el destello”. Celeste tomó el colgante con mucho entusiasmo. Se lo colocó en el cuello y le agradeció a Caracara por su gran generosidad.

Caracara entonces, con voz muy suave le pidió que abriera el mapa, y tocara el símbolo. Celeste asintió y se apresuró a tomar su mochila que contenía algunos equipos de supervivencia.

Caracara se posó en el hombro de Celeste al mismo tiempo que ella tocó el símbolo y en un instante fueron transportados al Valle de la Ventisca, donde estaba la carpa con su saco de dormir y demás objetos de exploradora.

“¡Oh!”, alcanzó a escuchar Caracara, al notar el vértigo que los viajes entre dimensiones paralelas pueden ocasionar a aquellos que no están acostumbrados.

Celeste respiró muy profundo, tocándose la cabeza para verificar que estaba todo en su lugar, mientras Caracara se sacudía las alas y se preparaba para sobrevolar el lugar.

Celeste se dispuso a desarmar la carpa y ordenar sus objetos de exploradora, organizó muy bien todo en su gran mochila y dejó a mano la brújula, la lupa, su bitácora y el mapa. Además de su lápiz de mina, que era su favorito entre todos los lápices que usaba, y los guardó en el banano que le había hecho su mamá con una tela reutilizable muy resistente para que siempre lo llevara en sus viajes y exploraciones.

Caracara empezó a volar en círculos por el valle, señalando algunas direcciones. Celeste sacó de su banano la brújula y revisó el mapa para investigar las latitudes. De pronto, Caracara descendió aceleradamente y cayó directo sobre un árbol. “Hacia el sur”, le increpó el pájaro, como si hubiese encontrado algo. “Espera, espera”, se apresuró a responder Celeste.

“Al sur de la ciudad de Ko, está la ciudad del campo seco de Mor, ¡mejor vayamos al norte!, al norte están las ruinas de la ciudad industrial y el poblado inundado de Tsu, ¡mejor vamos al este! ¡oh!, al este está la ciudad de los bosques de fuego de U-ek... déjame ver, quizás al oeste... al oeste está Olú, la ciudad de las chimeneas”. Pero no tenía nada claro.

Caracara observaba con mucha paciencia y esperaba que Celeste se decidiera por alguna dirección. “Mira Caracara, mira”, también hay una isla poco explorada, donde se encuentra Ika, la ciudad de los basurales”.

Con una repentina tristeza Celeste se preguntó qué había ocurrido, por qué que toda la isla se había convertido en un basural, “¿habría árboles en esa ciudad?”, pensó y luego agitadamente comentó, “¡Vamos a la isla de Ika, necesito saber que ha ocurrido!”

EL MAPA

TSU

BIBLIOTECA

TIERRA INDUSTRIAL

ÁRBOL

OLÚ

KO



A vibrant, stylized map of a fantastical world. The map is rendered in a top-down perspective, showing various regions with distinct colors and textures. The water is a deep, swirling blue, and the land is a mix of greens, yellows, reds, and browns. A large white mountain range is visible in the upper right. A white sailing ship is in the center, and several smaller boats are in the lower right. The text is overlaid on the map in a bold, white, serif font.

TIERRAS SIN EXPLORAR

MISTERIOSO

VOLCÁN

U - E K

I K A

M O R

Caracara miró a Celeste y le contó brevemente sobre la ciudad. “Sí, hay árboles allí, los he visto en mis viajes. Las historias que he oído son extrañas, algunos exploradores cuentan que no hace muchos años la isla estaba habitada por muchas familias de tordos, unos pájaros de color negro brillante que anidaban en los matorrales cerca de las quebradas. La isla no era muy ancha, poseía una línea de acantilados de fuertes pendientes que caían abruptamente al mar. Y fue en el mar donde comenzó el problema”.

Caracara se detuvo a pensar un instante, buscando en su memoria aquella historia que un marinero alguna vez le había narrado. “Cuéntame más”, replicó impaciente Celeste, “¿qué pasó en el mar?, ¡cuéntame!”. Caracara comenzó a contarle la historia de la isla. La isla se encuentra en la bahía de Iqi, que es una entrada de mar entre U-ek y Mor. Desde esas ciudades se puede ver la Isla y también, en ese tiempo, se podía ver a los lobos marinos y nutrias de mar que nadaban y se asentaban en los roqueríos de sus costas.

Una vez, me dijo el marinero, *de cuyo nombre no quiero acordarme* como dice por ahí un antiguo y gracioso libro de mi biblioteca... y se quedó pensativo de nuevo Caracara... “Pero por qué no te quieres acordar del marinero?”, le preguntó Celeste a Caracara, intentando que siguiera el relato. “En otra oportunidad te contaré esa historia, Celeste”, respondió Caracara frunciendo el ceño, “volvamos mejor a la historia de la Isla”. “Bueno, bueno... pero me la cuentas...”, le respondió escondiendo la risa Celeste.

“Un día”, me dijo el marinero, “desde el Faro de la isla de Ika vieron una gran mancha en el mar que ocupaba una extensa zona y se acercaba rápidamente. Muchos pensaron que era algún tipo de fenómeno extraño producido por las mareas. Los habitantes de la Ika convocaron a muchos investigadores, biólogos marinos y científicos, quienes descubrieron lo que estaba pasando.”

El mar estaba cubierto con una capa de desechos plásticos. “Miles de desechos tóxicos y micro fragmentos plásticos se acercaban a la isla a gran velocidad y resultaban muy difíciles de limpiar. Algunos científicos, habitantes de la costa de la Isla se organizaron para limpiar el mar, pero todo fue en vano”, agregó Caracara. “En el invierno la isla amaneció inundada por la basura que traía el océano, los habitantes fueron evacuados hacia las ciudades del continente. Solo algunos animales y árboles lograron sobrevivir”.

“Esto es horrible”, exclamó Celeste mientras imaginaba la desolación de la isla. “Vamos a la isla, Caracara, tengo que verlo con mis propios ojos. ¡Aún podemos encontrar algunas soluciones para salvar la Isla!”, comentó Celeste mientras acariciaba su colgante de plata que de pronto había comenzado a brillar.

Antes de viajar a la Isla de Ika, Celeste pensó que sería prudente llevar algunos útiles tales como un saco de dormir, provisiones de comida y agua potable, así como herramientas para construir refugios improvisados en caso tal que fueran necesarios.

Nuevamente sintió una profunda conexión con el colgante de plata, cuya figura quedaba en el centro de su pecho. Sentía que una tenue luz salía de su pecho y se proyectaba a través del pájaro de plata, irradiando en todas las direcciones, protegiéndola y guiándola en sus viajes interdimensionales.

Celeste imaginó que el colgante de plata tenía forma de lágrima. Quizás la lágrima de luna. Por alguna razón la luna lloró y sus lágrimas cayeron a la tierra formándose los minerales de plata que los orfebres usaron para crear joyas.

De pronto, recordó que el colgante había surgido mágicamente de las plumas de Caracara, entonces debía poseer un poco del alma del pájaro mágico. Un alma sabia de corazón puro, pero también un espíritu fuerte y decidido.

Resolvió en su imaginación que siempre confiaría en su propia luz y que frente a cualquier adversidad bastaría con tocar su colgante para recordarle su propia sabiduría ancestral y fuerza interior.

En un estado de profunda concentración, Celeste comenzó su viaje hacia la isla de Ika. “Celeste, Celeste”, escuchó que Caracara le hablaba mientras se posaba en su hombro. “Estabas muy concentrada pensando”. “Sí, Caracara, aprendí de mi abuela, que la concentración y la imaginación son herramientas muy buenas para enfrentar nuevos desafíos”.

Mi abuela siempre decía que antes de cualquier actividad es necesario estar calmada y concentrada, así todo es posible. “En algún momento me contarás sobre tu abuela, Celeste”, estaré feliz de escuchar sus consejos del *buen vivir*. “Encantada”, le respondió Celeste, “pero ahora, vamos a lo nuestro”.

Celeste miraba con entusiasmo el horizonte, sabía que su destino y el de la Isla por algún motivo estaban unidos. Tomó el mapa y con solo indicar la dirección apareció mágicamente el símbolo místico. Tomó una profunda respiración, miró a Caracara y tocó el símbolo, apareciendo instantáneamente en la Isla.



CAPÍTULO 4

KURUS DE IKA, LA ISLA DE LOS BASURALES

Celeste escribía en su bitácora, estaba muy afectada por lo que estaba viendo. Caracara sobrevolaba el lugar y buscaba signos de vida entre las ruinas.

La única ciudad de la Isla era conocida como la ciudad de los basurales. La ciudad estaba en ruinas, sus calles, edificios y construcciones se encontraban atestadas de basura de todo tipo, pero en especial de plásticos, botellas y bolsas desechables.

Vi residuos de metales, vidrios y electrodomésticos entre las casas derrumbadas. Emanaba un hedor terrible que permaneció en mi nariz por horas...

De pronto, Caracara en vuelo rasante percibe el movimiento de un pequeño ser, que se mueve tan rápido que no logra verlo con precisión a simple vista, decide aterrizar en el lugar y llamar a Celeste para acercarse juntos.

“Celeste, ven”, Caracara le hacía señas y con voz potente la llamaba. “Voy, voy”, respondió Celeste. “Voy, estoy cerca”, se acercó corriendo por entre los residuos que estaban tirados en lo que antes era una calle y que ahora un pequeño monte de refrigeradores, lavadoras, radios, televisores y microondas. “Llegué”, dijo suspirando Celeste. “Mira, fíjate en ese microondas... ves que hay una figurita pequeña de color muy negro”, le indicó Caracara. “¿Dónde?, ¿dónde?” “Hay tantos, tanta basura”, “¿dónde?, ¿dónde?”, le respondió Celeste un poco agitada. “Mira en esa dirección, sobre el microondas se ve”, le señaló Caracara, “Sí, lo veo, ahora sí”, respondió muy curiosa Celeste. “Creo que es un pájaro, ¡uy!, pero le falta un ala”.

“¿Estás segura, Celeste?”, replicó Caracara. “Sí, y se está acercando a nosotros”. Celeste se sentó al lado del microondas y le tendió la mano. “Gracias, muchas gracias”, respondió el pequeño pájaro negro. “Al instante Caracara se posó al lado de él y observó con detención sus alas. “¿Estás bien?, preguntó amorosamente Caracara, “¿cómo te llamas?, preguntó al mismo tiempo Celeste.



El pequeño pájaro se largó a reír, estaba feliz de encontrarse con los visitantes. “Me llamo Kurus, soy un tordo negro, negrísimo”, hablaba y se reía Kurus. “Estoy bien, estamos bien, ésta es mi familia”.

Lentamente empezaron a salir de su nido muchos pájaros pequeños que volaban muy bajito muy cerca de Kurus. “Perdí un ala en la última inundación”, les contó ahora más serio. “Y no he podido volar desde entonces”. Caracara se sintió conmovido.

“No te preocupes, aunque volar está en la naturaleza de un pájaro, también puedes hacer otras actividades pajarísticas”, le habló muy convencida Celeste. Kurus volvió a reír, moviendo su única ala.

“Espero que puedan ayudarme a encontrar un mejor lugar para mi familia”, explicó Kurus, enigmático. “Tengo un plan que he estado estudiando”, insistió Kurus. “Cuéntanos más, estamos muy interesados”, respondieron a coro Celeste y Caracara. “He ideado un plan para limpiar la isla...”, continuó hablando Kurus. “Presten atención, es un plan simple, pero muy efectivo”. Kurus miró alrededor y dio instrucciones sobre cómo limpiar los lugares según los tipos de basuras.

Mientras escuchaban el plan de Kurus, Celeste y Caracara se sintieron más animados. “¡Vamos a hacerlo, Kurus! Podemos cumplir con tu plan y comenzar a limpiar la isla juntos”.

Celeste y Caracara trabajaron codo a codo para llevar a cabo el plan de Kurus. En muy poco tiempo, lograron identificar todos los tipos de basura, las que fueron dejando en diferentes contenedores. Caracara junto a Kurus construyeron un gran contenedor con amplias separaciones para la basura que se podía reciclar: papeles, plásticos y vidrios. Y otro gran contenedor para otros materiales más complejos, como los metales y la basura electrónica.

También organizaron un contenedor para la basura de comidas, maderas y plantas. Decidieron usar esta basura orgánica para iniciar el proceso de compostaje. Con el compost obtenido, que resultó ser una tierra rica en nutrientes, pudieron mejorar la salud del suelo de la isla y comenzar a plantar matorrales y árboles.

Celeste y Caracara se sentían muy satisfechos. Ellos sabían que ahora habían contribuido para la creación de un futuro mejor para la Isla. “Espero que puedas volver a construir tu casa en un pequeño matorral”, comentó Celeste, mientras Caracara planeaba sobre la isla dándole un último vistazo antes de partir.

Se despidieron entre abrazos emocionados, prometiéndose seguir trabajando para recuperar los hábitats naturales.

“Me alegro mucho de haber podido ayudar a Kurus, su familia y la isla de Ika... lástima que no encontramos el árbol ancestral”, le comentaba a Caracara mientras se alejaban.



CAPÍTULO 5

NAWHL DE TSU, LA CIUDAD INUNDADA

Celeste buscó el mapa y con la brújula en mano esperó a que apareciera el símbolo mágico. Tenía curiosidad en conocer que rumbo tomaría su viaje. “¡Adónde nos llevaría esta vez?”, pensaba en voz alta.

De pronto Caracara voló sobre ella como si supiera la respuesta. Celeste sonrió feliz sabiendo que pronto descubrirían nuevas tierras, surgirían nuevos retos y conocerían más seres sensibles en su viaje, en algún lugar de la región.

Al tocar el símbolo, en un abrir y cerrar de ojos, Celeste y Caracara se encontraron al borde de un gran río que corría con mucha fuerza y estuvieron casi por caer.

Celeste se dio cuenta que en ese lugar tendrían que usar su destreza y valentía para sobrevivir. Esta nueva aventura se veía llena de grandes posibilidades. Miró a Caracara y levantando una ceja musitó: “¿Estás listo para esto?”. Casi sin esperar la respuesta, Celeste empezó a caminar por la ribera buscando una respuesta a lo que estaban viendo.

Caracara voló muy alto y se percató que el río había inundado toda la zona. Desde la altura podía ver cómo toda la ciudad estaba bajo las aguas. Lograba ver unos cuantos árboles y pequeños refugios construidos con los restos de las edificios y casas que aún quedaban en pie. “¡Aún quedan árboles!” gritó entusiasmado Caracara.

Celeste, sorprendida y emocionada al mismo tiempo, corrió a ver lo que Caracara estaba mirando. Cuando llegaron al árbol, Celeste vio que entre los troncos había un refugio con forma de palafito y que se asomaba una figura. “¡Hola, Hola!”, gritaba Celeste. “¿Hay alguien ahí? Somos viajeros en busca del árbol ancestral y queremos saber si nos puedes guiar por esta zona”.

La figura se acercó con cautela, era un puma que miró a Celeste con curiosidad y le dijo: “Yo soy Nawhl. Y esto es lo que queda de la ciudad de Tsu. He estado aquí durante mucho tiempo cuidando a los sobrevivientes”. “¿Quién eres tú?”, le preguntó mirando profundamente los ojos de Celeste.

“Yo soy Celeste y él es Caracara, un pájaro mágico. Estamos buscando el árbol ancestral. Hemos visto algunos árboles por aquí y queremos explorar la zona”, le respondió Celeste con determinación. Caracara descendió velozmente y se acercó a Nahwl. Se posó sobre el pequeño refugio y le preguntó al puma qué había sucedido en la ciudad.

Nahwl se sentó sobre sus patas traseras y con tono ceremonial comenzó a relatar su historia: “Una tarde aparecieron ráfagas de viento, que originaron grandes marejadas. El presidente del puerto se vio obligado a cerrarlo por el grave peligro.

Esa tarde hubo mucha neblina que rápidamente se convirtió en llovizna y luego comenzó a llover fuerte, profusamente. La lluvia estaba acompañada por fuertes vientos que continuaron por cinco horas más.

Cuando pensábamos que ya no seguiría lloviendo, porque había bajado la intensidad, la lluvia comenzaba con nuevos bríos y a las 1:30 de la madrugada la lluvia era torrencial. Ya se veían las grandes posas de agua en el suelo, que empezaban a entrar a las casas y los edificios.

A las 5.30 de la madrugada escuchamos un tremendo estruendo, las quebradas venían arrastrando barro en cantidades enormes, convirtiéndose en verdaderos ríos de casi los dos metros de alto. El aluvión descendió a la ciudad arrastrando rocas, arbustos y todo lo que se opuso en su trayectoria como vehículos y casas.

Los habitantes de la zona abandonaron la ciudad porque ya no podrían continuar viviendo con miedo a los aluviones. Pero nosotros los animales, no podemos escapar, así que fuimos creando estos refugios, donde guardamos comida y nos protegemos para sobrevivir juntos”.



Celeste había escuchado con mucha atención. Era evidente para ella que las fuerzas de la naturaleza no solo afectaban a los humanos, sino que a todos los seres vivos que habitan este planeta.

“Eres muy valiente, Nawhl, admiro tu fuerza de carácter y tremenda empatía al mantener este refugio donde todos los animales pueden protegerse y sentirse a salvo”, señaló Celeste con el corazón lleno de emoción. “Ciertamente”, replicó Caracara, “eres un gran líder Nawhl, que respeta las necesidades y colabora desinteresadamente para que todos puedan vivir mejor”.

“Gracias, gracias... no es para tanto”, les respondió Nawhl, con verdadera humildad. “Muchas gracias... muchas gracias... Ahora que tengo su atención”, dijo Nahwl carraspeando la garganta, “aprovecho de contarles mi plan definitivo para recuperar nuestro ecosistema en Tsu”. “Vamos a crear el territorio fluvial”, queremos que nuestra hermosa ciudad de Tsu tenga un área amplia para que el río pueda recuperar su curso, y así, erosionar e inundar sin poner en riesgo nuestras vidas”, dijo Nahwl muy elocuente. “Pero antes necesitamos recuperar el bosque, los humedales y la vegetación. Necesitamos flora nativa que sea capaz de vivir en parques inundables”.

Celeste escuchó con gran atención, fascinada por la innovadora idea de Nahwl. Había encontrado a alguien tan dedicado como ella; alguien que creía en tomar acciones concretas de manera desinteresada para ayudar a recuperar las zonas en peligro.

Junto a Caracara, Celeste se comprometió a realizar el plan de Nahwl para restaurar el ecosistema de Tsu. De esa manera, podría ayudar a mejorar las condiciones de vida de muchos de los animales que vivían allí. Nawhl les encargó la misión de seleccionar diferentes especies de plantas que tuvieran la capacidad de tolerar inundaciones para rescatar la biodiversidad.

Mientras Nawhl trabajaba incansablemente en crear humedales y en construir estanques de retención para captar y almacenar el exceso de aguas lluvia, Celeste y Caracara exploraron el lugar clasificando cada una de las plantas que mejor se habían adaptado a las inundaciones.

Celeste le entregó a Nawhl la pequeña nota que había escrito en su bitácora, mientras Caracara le acercaba las muestras que habían recopilado en su exploración.

He encontrado muchos ríos, arroyos y pantanos. También esteros, charcas de agua estacionales y permanentes, junto con humedales boscosos de agua dulce.

*Destacan los bosques pantanosos dominados por las especies arbóreas *Myrceugenia exsucca* (pitra), *Blepharocalyx cruckshanskii* (temo) y *Drimys winteri* (canelo).*

Además, hemos detectado la presencia de 32 especies de plantas, donde predominan las nativas, destacando un alto número de musgos, líquenes, orquídeas, helechos y trepadoras como enredaderas y lianas, siendo la más hermosa una enredadera con una flor llamada copihue...

Nawhl estaba feliz y dando grandes saltos de emoción reunió y organizó las muestras. “Les agradezco profundamente su ayuda altruista, para nosotros esta tarea era la más peligrosa, pero ustedes mis amigos son los más valientes que he conocido”, dijo muy solemne Nawhl.

Celeste y Caracara intercambiaron miradas y sonrieron. “Solo queremos ayudar”, respondió Celeste con orgullo. Nawhl los abrazó fuertemente, agradeciendo de nuevo por su ayuda, y les recalcó que sus descubrimientos eran muy valiosos para todos. Celeste y Caracara se despidieron, prometiendo volver a visitarlos, quizás en una segunda visita encontrarían los bosques restaurados.



CAPÍTULO 6

MICIOPS DE MOR, EL CAMPO SECO

“Esta es la ciudad de Mor”, dijo Celeste, mientras sacudía la tierra de su gorro y se disponía a usar las gafas antiguas de aviador, que le había regalado su abuelo y que pertenecieron a su tatarabuelo.

Caracara, que estaba muy ocupado sacudiendo sus plumas de la arena seca, sin darse cuenta de lo que estaba hablando Celeste le preguntó: “¿Se habrá equivocado el símbolo mágico al enviarnos a esta zona desértica? Muéstrame el mapa Celeste por favor, no puedo creerlo”. Celeste le mostró el mapa y Caracara pudo ver por el mismo que el símbolo estaba situado sobre el campo de Mor.

El campo de Mor era una zona pedregosa, el sol pegaba fuerte y no quedaba ni rastro de lo que antes había sido un generoso río que regaba los cultivos y mantenía vivos los bosques.

“Claramente es la ciudad de Mor, el campo seco que una vez fue una gran zona de cultivos”, le contó Caracara a Celeste. “Muchos viajeros hablaban de la ciudad de Mor, de lo hermoso y abundantes que eran los frutos y vegetales que se cultivaban allí y de lo orgullosos que estaban sus habitantes de sus métodos de cultivos”. Hizo una pausa Caracara y voló sobre Celeste con curiosidad, ya que a lo lejos se veía una pequeña zona verde.

“Espérame aquí, Celeste, voy a investigar esa zona y vuelvo”. “Bueno, Caracara, con este sol la verdad es que es muy difícil caminar y además siento mucha sed”, le respondió Celeste un poco afligida por el tremendo calor.

Caracara voló muy veloz a la zona verde y se posó sobre el único colihue que quedaba cuando sintió que le tocaban un ala. Miró hacia todos lados, no lograba ver quién lo estaba tocando. Casi por casualidad, miró hacia sus patas y se dio cuenta que unos pequeños seres, cuyas largas colas se tocaban entre sí, lo miraban asombrados.

Celeste ya había empezado a caminar en la dirección que había volado Caracara y al llegar se quedó un rato ajustando sus gafas para poder ver bien a los pequeños que se asomaban y se ocultaban entre las plumas de Caracara.

“Hola, pequeñitos, soy Celeste. Veo que ya conocieron a mi amigo Caracara”, se acercó a hablarles con mucha suavidad para evitar que se intimidaran.

Caracara se reía muy bajito y los animó a hablarle a Celeste. Entonces uno de ellos se paró en la punta del Colihue presentándose a los viajeros. “Yo soy Miciops, una monita del monte. He venido con mis hermanas al colihue a jugar y trepar. Mi casa está en un hueco de un gran árbol, que se secó y cayó”.

“Un gran árbol”, pensó instantáneamente Celeste, “pero que está seco. No puede ser, el árbol ancestral está seco”. Estas últimas palabras salieron de su boca casi como un suspiro.

De inmediato Caracara le respondió, “Celeste, no te apresures, escuchemos a Miciops e investiguemos, luego sacaremos conclusiones”. Caracara había hablado de manera muy calma y serena, y le recordó a Celeste que bebiera agua de su cantimplora para saciar la sed y relajarse un poco.

Celeste bebió el agua de su cantimplora y se animó otra vez. Se interesó en la historia que intentaba contar Miciops. “Continúa por favor, Miciops, perdón por la interrupción”. “No te preocupes, Celeste, entiendo que están buscando un árbol ancestral. Por lo que nos contó Caracara, ya han visitado otras ciudades y han visto otros bosques, sin encontrarlo”, dedujo Miciops.

“Así es, pero aún nos quedan zonas por descubrir, vamos a investigar este campo y luego sacaremos conclusiones”, aclaró Celeste mirando a Caracara.

“Pero cuéntanos más sobre tu casa y ese gran árbol”, agregó muy curiosa Celeste. “¡Oh!, bien”, asintió Miciops, volviendo a retomar el hilo de la historia. “El árbol que ahora es mi casa, era un árbol del hermoso bosque templado que rodeaba los cultivos de los agricultores de la zona.



En ese tiempo, también corría un río que regaba el bosque y había muchas épocas de lluvia. Pero algunos agricultores decidieron desviar el cauce del río para regar solo sus cultivos, dejando sin agua el bosque de quilas y colihues que de a poco comenzó a secarse. También desaparecieron los grandes árboles y todos los seres que habitaban el bosque”, suspiró Miciops.

“Durante un tiempo volvieron las lluvias, los agricultores ya habían abandonado la zona y eso permitió que los últimos árboles sobrevivieran... así fue como llegamos mis hermanas y yo a este lugar donde las aguas subterráneas nos permiten sobrevivir”, concluyó Miciops. “¿Entonces aún queda agua?, ¿será posible recuperar el bosque?”, preguntó muy interesada Celeste.

Miciops miró con asombro a Celeste porque no esperaba que mostrara interés, pero al ver la reacción de Celeste, se animó a contarles un plan genial en el que habían estado trabajando ella y sus hermanas.

“Me alegro de que preguntes, Celeste. Te vamos a contar nuestro súper plan contra la sequía”, alardeó balanceándose sobre su cola y girando en la rama del colihue la pequeña Miciops. “Mi plan se llama JdLLyPdl”, balbuceó de manera críptica Miciops. Caracara entonces intervino, porque había descifrado la clave de Miciops y dijo “Jardines de lluvia y pozos de infiltración. Me imagino que para recargar de agua y recuperar pantanos, humedales y quebradas”.

Celeste y Miciops estaban asombrados por la inteligencia que mostraba Caracara y ambos dijeron al mismo tiempo: “¡Oh, impresionante!”. Caracara empezó a reír con fuertes carcajadas que hizo que se moviera por completo el palo del colihue.

Miciops continuó con su explicación dando los detalles de su plan, mostrando planos y fórmulas para calcular las probabilidades entre casos favorables y casos posibles.

Celeste y Caracara nuevamente fueron los encargados de investigar la zona para identificar la cantidad de colihues y las quilas que aún sobrevivían.

Según el plan ideado por Miciops y sus hermanas, las plantas nativas serían necesarias para implementar un jardín de lluvia, porque permitirían capturar, filtrar y almacenar el agua de lluvia en el suelo, para que lentamente se fuera reestableciendo el ciclo de vida natural de los suelos.

A su vez, Miciops y sus hermanas habían encontrado la forma de construir varios pozos de infiltración que llenarían con arena para que el agua lluvia se acumulase. Esa misma arena que Celeste y Caracara se habían sacado de encima cuando llegaron a la zona.

Celeste y Caracara investigaron la zona. Celeste anotó todas sus observaciones en su bitácora.

Se me entregó la misión de encontrar nuevas zonas donde crecen colihues y quilas. Después de mucho caminar llegamos a un lugar en el que habían empezado a crecer varias ramas de colihues y quilas. Se había formado una pequeña poza de agua después de una llovizna suave, pero que fue suficiente para almacenarse en el suelo entre los restos de grandes árboles y algunas piedras de tamaño gigante, creándose un pequeño humedal y permitiendo que tanto los colihues, las quilas y otras especies nativas volvieran a crecer...

Al volver al lugar de encuentro, Celeste explicó su investigación a Miciops, quien estaba muy emocionada. De un salto llegó a la cabeza de Celeste y la abrazó con su cola.

“Caracara es quien descubrió la zona, ya que puede volar alto y es capaz de ver todo con mayor claridad”, acertó a decir Celeste.

Nuevamente saltó Miciops y le abrazó una de las alas a Caracara. “Espero que encuentres el árbol ancestral, Celeste”, le gritó Miciops desde un matorral cercano, mientras corrían a refugiarse a la sombra.

“Adiós, Celeste; adiós, Caracara”, se escuchaban a lo lejos las pequeñas vocecitas de Miciops y sus hermanas.



CAPÍTULO 7

CAPREO DE U-EK,
LOS BOSQUES DE FUEGO

“¡O^h!”, exclamó Celeste, “¡qué olor tan fuerte! ¡Qué frío siento! Caracara, ¿dónde estamos?”, le preguntó a Caracara, que se había posado sobre un pino.

“Por la cantidad de pinos que veo a mi alrededor, me parece mucho que estamos en la ciudad de U-ek, la ciudad de los bosques de fuego”, le respondió Caracara.

“La ciudad de U-ek, no me digas... estamos cerca de la ciudad de Ko”, dijo Celeste. “Mi abuela me hablaba de los bosques de U-ek. A ella le fascinaba hacer extensas caminatas por los bosques y acampar en las lagunas cerca de las montañas. Una vez me contó que los árboles de la ciudad de U-ek eran árboles muy altos y que el bosque era impenetrable en algunas zonas, pero luego algunos representantes de la ciudad habían decidido talar el bosque nativo para vender la madera a otras ciudades”.

“Y así lo hicieron”, continuó narrando Celeste, “hasta que solo quedaron algunos de esos árboles, de los que llaman pehuén. Después de talar todos los árboles, decidieron que plantarían pinos y seguirían vendiendo madera a otras ciudades. Se llenaron los campos y montañas de pinos y fueron desapareciendo los árboles nativos... año tras año el calor fue aumentando y pronto comenzaron los incendios. Las personas decidieron abandonar la ciudad ya que era imposible vivir con tanto humo. Cuenta mi abuela, que el último incendio duró meses, en los que tuvieron que soportar el calor y el humo hasta que se dieron por vencidos y se fueron todos”.

“Los bosques de fuego”, dijo Caracara, “Sí, los bosques de fuego”, suspiró Celeste. “Voy a hacer un recorrido veloz”, le alcanzó a decir Caracara, mientras salía volando tan rápido que Celeste casi no escuchó. Celeste se sentó a escribir en su bitácora las memorias de su abuela... para ella escribir era un acto de amor y de cuidado hacia ella misma.

En ese instante, escuchó un ruido entre las ramas de algunos árboles cercanos. Su curiosidad pudo más. Decidió acercarse al lugar encontrándose de frente con un pudú, algo temeroso y nervioso.

“Mmmm, una viajera, mmm, ¿de dónde eres?, ¿cómo te llamas?, ¿estás escribiendo?, ¿qué estás escribiendo?”, hablaba rápidamente el pudú, “mi nombre es Capreo, mmm, no me gusta este lugar, mmm, es peligroso, muy peligroso...”

“Soy Celeste, y soy una exploradora, estoy viajando en busca del árbol ancestral y me acompaña...” Celeste no alcanzó de terminar de hablar cuando Capreo empezó a moverse de un lado a otro, “tenemos que huir, peligro, mmm peligro, debemos huir, mmm un gran pájaro, huyamos, huyamos...” decía corriendo de un lado para otro Capreo.

“No te asustes, es mi amigo Caracara, él es un pájaro mágico que me acompaña en la búsqueda del árbol ancestral, como te estaba diciendo”, le contestó Celeste tratando de calmarlo.

Caracara descendió en picada y se posó en un pino al lado de Capreo y le dijo amablemente: “Soy Caracara, un pájaro guía, no te asustes, por favor”.

“Mmmm ¡uy! ¡qué susto, mucho susto me ha dado, pero ya veo que son unos viajeros muy especiales...”, les contestó Capreo, “mmm... están buscando el árbol ancestral, mmm... parece que yo lo he visto, mmm... sí, me acuerdo, mmm no, no me acuerdo, mmm sí, sí ¿sí?, ¡ay! pero no, mmm... no sé”, hablaba nerviosamente Capreo.

“Los invito a mi refugio, porque no me siento bien aquí, este lugar es peligroso, hace calor, se acerca el verano y pronto los incendios comenzarán de nuevo... mmm... la última vez, el año pasado... mmm... fue terrible, huíamos de un lado para otro, había fuego por todos lados, nosotros huíamos en todas las direcciones... mmm... de solo acordarme me pongo más nervioso, mmm... ¡vamos a mi refugio y les contaré de mi gran proyecto de reforestación, mmm... de plantación... mmm... de regeneración... mmm... del bosque!”

Celeste y Caracara se dieron cuenta de lo nervioso que se sentía Capreo y para tranquilizarlo lo acompañaron a su refugio.

Al llegar al refugio, Capreo comenzó a hablar muy solemne: “Nos hemos reunido aquí para informarles de la gran iniciativa que hemos desarrollado junto a los miembros de la Asamblea de Pudúes Unidos, APU. Nos hemos propuesto recuperar 200.000 hectáreas de bosque nativo. Aún debemos elegir las especies para nuestro plan de reforestación y hemos propuesto las siguientes: peumo, roble, quillay, maqui, coihue y pehuén”.

Celeste y Caracara estaban un poco desconcertados, porque no veían a otros pudúes y pensaban que Capreo estaba actuando raro. Les causaba un poco de risa la forma en que Capreo hacía gestos y además hablaba como si estuviera dando un discurso.

Capreo se dio cuenta de la risa de Celeste y Caracara y esclareció: “Aunque no vean a los miembros de la asamblea, no significa que no estén presentes”.

En ese instante se acercaron muchos pudúes que se encontraban justo detrás de ellos. Caracara se disculpó inmediatamente con Capreo. Celeste se sintió un poco avergonzada y también le pidió disculpas a la asamblea y a Capreo.

“No se preocupen, mmm... no se preocupen... a todos los viajeros les pasa lo mismo, se distraen y no se percatan de la presencia de nuestra asamblea... mmm... continuemos, continuemos con el plan...mmm... Vamos a poner todo nuestro esfuerzo en recuperar el bosque nativo”, aseveró solemnemente Capreo y la asamblea aplaudió la iniciativa.

“Celeste, necesitamos recolectar varias semillas, para ello queremos conocer más sobre los lugares donde crecen”, intervino Capreo.



De inmediato agregó: “Mmm... queremos aprender más sobre la reforestación para poder llevar a cabo nuestro plan”. “Por supuesto, yo los ayudo”, dijo Celeste sin titubear ni un segundo. “Yo también quiero colaborar”, respondió Caracara. Celeste comenzó a revisar su bitácora donde había escrito los consejos que su abuela le había dado para proteger los bosques nativos.

Es importante identificar las especies de plantas nativas que se desean plantar, así como los lugares donde se encuentran. Una vez identificadas las especies y lugares, se procede a la colecta de semillas. Es importante realizar la colecta en el momento adecuado, cuando las semillas están maduras. Las semillas recolectadas deben ser etiquetadas con información detallada sobre la especie, el lugar y la fecha de recolección. Además, deben ser almacenadas en un lugar fresco y seco para evitar su deterioro.

Una opción es la viverización, que implica la siembra de las semillas en un vivero para su germinación y crecimiento inicial. Finalmente, una vez que las plántulas han crecido lo suficiente, se pueden transferir a lugares de acogida para su adaptación y óptimo crecimiento.

Celeste les entregó todo el conocimiento que su abuela le había dado a ella y que había registrado en su bitácora. Caracara recorrió los lugares y les entregó un mapa con los posibles lugares para recolectar las semillas.

“Mmm... perfecto, perfecto, estoy complacido con su aporte a la Asamblea de Pudúes Unidos, gracias a sus conocimientos y contribuciones en la investigación del área, hemos avanzado, mmm hemos dado un gran salto... mmm sí, sí... un gran paso para alcanzar nuestra meta...”, vitoreó Capreo, y toda la asamblea aplaudió de pie a los viajeros. “Celeste, mmm... mmm... cuando recuerde dónde vi el árbol ancestral, los iré a visitar, mmm... cuando recuerde eso sí...”



CAPÍTULO 8

VULPÍN DE OLÚ, LA CIUDAD DE LAS CHIMENEAS

“**M**ira, Caracara, una gran chimenea”. Celeste estaba asombrada por la altura de la chimenea y por la gran cantidad de humo que salía de ella.

“¡Oh! hemos llegado a la ciudad de Olú, que es conocida por sus enormes chimeneas humeantes”, le respondió Caracara con un poco de malestar en los ojos. Se sentía el aire muy pesado y le estaba costando trabajo volar, se sentía cansado y un poco mareado. Celeste se había puesto una mascarilla, porque le costaba respirar también.

“Vamos a buscar un refugio, quizás aún queden algunos habitantes”, le dijo Celeste. “Sí, vamos, apurémonos”, le contestó Caracara y salió volando casi al instante.

Celeste caminó lento y llegó a un refugio donde encontró a Caracara investigando unas bolsas con una especie de arenilla blanca de un sabor muy dulce. Al ver llegar a Celeste le preguntó, “¿esto es un alimento?; mira, Celeste, prueba, tiene un sabor dulce...”. Celeste probó el contenido de la bolsa y muy alegre le respondió: “Sí, Caracara, es azúcar, no es un alimento, pero se usaba antes para procesar alimentos, pero luego se dejó de usar porque se descubrió que causaba muchas enfermedades sobre todo a los más pequeños”.

“¡Oh, qué extraño el sabor!”, interrumpió Caracara, “cuéntame un poco más, ya me dio curiosidad”. Celeste le explicó a Caracara que muchos años atrás los científicos habían descubierto que los alimentos procesados, altos en azúca causaban graves enfermedades a las personas, como sobrepeso, diabetes e incluso cáncer, por lo que decidieron suspender su uso y clausurar las fábricas que aún procesaban y distribuían estos alimentos.

“Parece que aún quedan fábricas funcionando”, le respondió Caracara. “Sí, qué extraño, vamos a averiguar qué sucede en esta zona”, pensó Celeste. “Tendremos que salir de la ciudad e ir a explorar los alrededores”, propuso decidida Celeste. “Vamos, vamos, así podremos respirar mejor”, concluyó Caracara y salió volando rápidamente como siempre.

“Aaacc”, “aacc”, “se acerca una desconocida”, “aacc, atento equipo, atento equipo...”, se escuchó una voz aguda y profunda. Era el gañido de un zorro, que alertaba a otros zorros de la llegada de Celeste.

“Pero si eres un zorro muy precioso...” dijo Celeste acercándose al zorro sin temor, acariciándole la cabeza. Al ver a Celeste acercarse al zorro, Caracara descendió en picada y se posó sobre una roca cercana y lo saludó con mucha amabilidad. “Soy Caracara”, le dijo, “ella es Celeste”, haciendo un ademán con su ala. “Soy Vulpín”, respondió el zorro, “mucho gusto en conocerlos, ¿qué los trae por acá?”, les preguntó, mientras movía su cola de lado a lado tratando de disimular el mal olor que llegaba de las chimeneas.

“Estamos en busca de un árbol ancestral, somos guiados por un mapa mágico y ya hemos visitado varias ciudades y la verdad, no sé cómo llegamos acá, porque al menos yo no veo ningún árbol”, agregó consternada Celeste. “Ya entiendo”, les respondió Vulpín. “No es que no haya árboles... pasa que, con este smog, no se ve nada de nada”, “vengan, yo los voy a llevar al lugar donde están los árboles, síganme, con confianza no más...”

Celeste y Caracara confiaron en Vulpín y lo siguieron por un sendero delgado que rodeaba las fábricas. Después de caminar un rato llegaron a una arboleda y se detuvieron a descansar y conversar sobre las chimeneas que aún estaban activas en la ciudad.

Celeste inició la conversación sacando de su mochila su bitácora donde había guardado una nota de un periódico antiguo que decía que las fábricas de azúcar habían sido clausuradas por producir demasiada contaminación y porque el azúcar era considerado un compuesto peligroso. Vulpín corroboró la información entregada por Celeste y agregó que algunas personas habían vuelto a las fábricas porque escaseaba el alimento



y no tenían los conocimientos ni la motivación para cultivar los alimentos adecuados de manera sustentable.

“Podemos ayudar, de seguro podemos ayudar a estas personas”, dijo Celeste entusiasmada. “Por eso los he traído a este lugar, desde hace un tiempo nos hemos estado reuniendo, zorros y humanos, para llegar a ciertos acuerdos de convivencia, y justo hoy corresponde nuestra reunión anual. En unos minutos más van a comenzar a llegar todos”, concluyó el zorro. “Perfecto, aquí estamos para ayudar”, agregó dijo Celeste.

“¡Bienvenidos, bienvenidos! ¡Bienvenidos a la Excelentísima Junta de Gobierno Interespecie de la zona autónoma de Olú! ¡Bienvenidos zorros y humanos!

Se inicia la Junta con la asistencia de 20 vecinos: 10 zorros y 10 humanos”, decía el zorro Vulpín a todos los asistentes. Celeste estaba muy asombrada de estar presenciando esta extraordinaria Junta de gobierno.

En la ciudad de Ko las asambleas y reuniones eran una práctica habitual para proponer soluciones a los problemas y dificultades que se enfrentaban en la ciudad, pero nunca había pensado en la posibilidad de una reunión interespecie.

Le parecía extraordinario y a la vez, muy interesante. “Llevaré este ejemplo de convivencia a la ciudad de Ko”, se dijo completamente convencida de que sería un audaz aporte a las prácticas de buen vivir para todos los habitantes del Valle de la Ventisca.

Caracara escuchaba atentamente, ya se había acercado a los pocos humanos que habían asistido y se percató que uno de ellos había anotado en una libreta algunas ideas sobre cómo abordar el tema que los convocaba: “Técnicas de cultivo de agricultura orgánica”, “permacultura para todos” y otras palabras que no alcanzó a leer porque la letra era muy complicada.

Caracara voló a posarse cerca de Celeste y le contó muy bajito las anotaciones que había leído y Celeste le hizo un guiño mientras revisaba también sus propias notas sobre cultivo orgánico, permacultura y el impacto de estas técnicas sobre la dieta y la salud de las personas y los animales.

“Estimados miembros, vamos al punto clave de esta Junta”, comenzó a hablar Vulpín, quien era el presidente. “Necesitamos limpiar el aire, ya no podemos seguir respirando con las chimeneas activas... propongo a la Junta, apagar las chimeneas y utilizar un sistema de agricultura orgánica que, a través de procesos naturales, sin fertilizantes ni productos químicos, les permita a los humanos cultivar sus alimentos y a los zorros, recuperar los hábitats para un mejor uso de nuestro fino olfato... se aceptan propuestas, se entrega la palabra...”, dijo solemnemente el zorro Vulpín.

La representante de los seres humanos tomó la palabra y habló largo y tendido sobre las dificultades para el cultivo que estaban enfrentando, ya que las fábricas habían degradado los suelos y contaminado el agua.

Celeste escuchó muy concentrada y pidió la palabra. Captando la atención de todos, comenzó a explicar su experiencia: “En el Valle de la Ventisca, hace tiempo tuvimos las mismas dificultades, y tras varias propuestas de soluciones se crearon varias acciones, de acuerdo con las capacidades de cada habitante”.

“Les voy a contar algunas acciones que dieron muy buenos resultados. La primera acción es el uso de la técnica de acolchado para crear una capa sobre el suelo que retenga la humedad, la segunda acción es el uso del cultivo de diferentes plantas que se adapten entre ellas, creando campos de cultivos de variadas especies. Así se puede evitar la aparición de plagas y enfermedades, asegurando la diversificación espacial y temporal de los cultivos”.

Cuando terminó de hablar Celeste, la representante de los seres humanos estaba muy feliz por el conocimiento que les había sido entregado.

Al continuar la Junta, hablaron otros zorros y otros seres humanos, todos con sus demandas específicas, pero al finalizar se había logrado el acuerdo más importante: los humanos apagarían las chimeneas y los zorros los ayudarían en la recuperación del suelo para que ellos pudiesen cultivar alimentos de buena calidad. Los zorros estaban felices porque habían logrado su objetivo fundamental, que era limpiar el aire, pero por sobre todo, seguirían trabajando en colaboración con los seres humanos para mantener el aire siempre limpio.

Celeste y Caracara se alegraron de las decisiones que se tomaron y prometieron compartir muchos más conocimientos. Vulpín y su equipo rodearon a Celeste y Caracara, moviendo sus colas en señal de aprecio. “Adiós, Vulpín, nos volveremos a encontrar”, se despidió Celeste caminando por el sendero, mientras Caracara aleteaba despidiéndose de todos.



CAPÍTULO 9

BUSCARÉ UN LIBRO EN LA BIBLIOTECA, PARA DESCIFRAR EL CÓDIGO

Celeste volvió a mirar el mapa, como ya se había acostumbrado, y descubrió que el símbolo mágico había desaparecido, pero en su lugar aparecieron varios números y letras ordenados como un código secreto.

“Es muy interesante lo que veo en el mapa”, señaló mostrándole el código a Caracara. “Ya veo, es un código que debemos ingresar a la red de códigos”, le respondió Caracara con mucha convicción y le dio una breve explicación: “La red de códigos se había creado en los tiempos antiguos para que todos los seres humanos pudiesen compartir información, comunicarse sin importar las distancias e incentivar la colaboración entre distintos países. Pero más importante aún, la red de códigos era universal e inclusiva, todos tenían el derecho de acceder a la red con independencia y resguardando su privacidad”.

“Qué potente, Caracara; en el Valle de la Ventisca tenemos nuestra propia red, que se comunica con otras redes en el mundo y es gratuita”, comentó Celeste. “Pero no siempre fue así, hubo un tiempo en el que un solo país controlaba la red, y no todos podían acceder, creando desigualdad y limitando las posibilidades de aprendizaje, comunicación y desarrollo de las comunidades”. Continuaba explicándole a Caracara, lo que había leído en la biblioteca de la Ciudad de Ko.

“¿Cuál es el código, Celeste? Muéstrame los números”, le pidió amablemente Caracara. Celeste le mostró el mapa a Caracara y pudo ver el siguiente código **II4D5 STI9III2.#**. “No son solo números Caracara, son letras y símbolos también”, le dijo Celeste, tratando de descifrar el código. “Es un código muy seguro”, pensaba Caracara. “Creo que debes tocarlo, quizás funciona igual que el símbolo mágico”, sugirió Caracara.

“Muy bien, eso haré. Prepárate porque no sabemos dónde nos llevará”, reía Celeste, mientras tocaba el código. De inmediato aparecieron en un ciudad abandonada, muy gris y antigua. Habían llegado a un lugar donde se veían grandes calderas, carboneras, motores mecánicos, bombas de agua y otras herramientas que eran difíciles de reconocer porque ya no existían. “Máquinas a vapor”, leyó Celeste en una de bodegas a las que se había acercado.

“Válvula de entrada, válvula de salida”, continuaba leyendo Celeste mientras entraba a la bodega y revisaba cada uno de los artefactos que había en el lugar. “Parece un lugar abandonado”, comentó muy intrigada. Caracara, quien ya había empezado a sobrevolar la bodega, respondió casi gritando: ¡Ten mucho cuidado, Celeste! ¡Cuidado! Se escuchó un fuerte estruendo. Se había deslizado a través de una vieja tubería, mucho carbón que caía al piso justo al lado de Celeste.

“Mejor, saldré”, pensó Celeste, “es peligroso y no llega mucha luz, iré a la calle y seguiré explorando en un sitio seguro”. Caracara pudo relajarse al ver a Celeste que salía dando pasos largos en dirección a la calle de la ciudad. “¡Sigo caminando!, seguía hablando Celeste. “¡Mira, Caracara!, allá se ve un edificio muy interesante. ¡Vamos!”. “Sí, vamos, ¡vamos!, parece una biblioteca, sí, sí, sí, es una biblioteca”. Se sentía el entusiasmo de Caracara al descubrir la biblioteca.

Celeste disfrutaba mucho de las bibliotecas, desde muy pequeña iba a leer libros y revistas a la biblioteca de la ciudad de Ko. También podía ver películas, escuchar música y sobre todo podía jugar. La biblioteca de la ciudad de Ko tenía muchos juegos, computadores y laboratorios donde todos los del Valle se reunían y creaban proyectos que luego presentaban a la comunidad. La biblioteca era el corazón de la ciudad de Ko.

“Buscaré un libro en la Biblioteca, para descifrar el código secreto. Luego en un computador voy a ingresarlo para descubrir su significado”, pensaba Celeste mientras corría más entusiasmada que Caracara para llegar a la biblioteca. Caracara ya había llegado y estaba esperándola en la entrada del edificio. La entrada tenía puertas giratorias y había que esperar el momento preciso para entrar. “Ahora, ahora”, dijo Celeste. “Bien, vamos a buscar libros”. Se dirigieron al segundo piso y revisaron las estanterías, que estaban divididas con títulos muy sugerentes: *Horizontes científicos, Mundos imaginarios, Tesoros ocultos...*



Seguían los nombres de las estanterías. Celeste se detuvo en una estantería que decía *Voces del mundo* y revisó los títulos, encontró algunos libros muy sugerentes como *En peligro de extinción*, *Cien semillas que volaron*, *Migrantes* y otros más, pero ninguno de esos libros hablaba de la red de códigos. Siguió buscando y llegó a la estantería que decía *Caminos históricos* y se detuvo nuevamente a buscar, sacaba uno por uno los libros y los revisaba.

En eso estaba muy concentrada cuando Caracara se acerca con un libro en cada ala. Celeste dejó la estantería y leyó los títulos, uno era *El alma de una máquina nueva* y el otro *El libro de los códigos*. “¡Caracara, esto es fantástico!”, encontraste lo que necesitamos. “Estoy muy impresionada por tu capacidad de búsqueda. Vamos a sentarnos a leer”, dijo Celeste, que estaba tan feliz que hubiese saltado por las estanterías.

Celeste y Caracara estuvieron leyendo muchas horas. Celeste anotaba en su bitácora la información que le parecía importante y Caracara iba y volvía con más libros, que iban revisando uno por uno. Después de un rato y cuando ya estaban cansados de leer y tomar notas, Celeste le propuso a Caracara que descifraran el código.

Se trasladaron hacia los computadores y Celeste ingresó el código que se transformó en una palabra **INDUSTRIAL**. “Pero claro, Caracara, estamos en la extraña ciudad industrial”, sentenció Celeste feliz por haber descubierto el código en la red de códigos. “¡Sigamos investigando!, saltaba del asiento de alegría y entusiasmo Celeste. “Calma, calma, Celeste, sigamos investigando, pero con calma”, replicó suavemente Caracara.

“Y si buscamos sobre el árbol ancestral”, se sobresaltó Celeste, “Me imagino que podemos encontrar alguna información”, pensó en voz baja e inmediatamente escuchó a Caracara que decía: “sigamos investigando, Celeste, pero con calma, calma”.



CAPÍTULO 10

EL DESTINO DEL PLANETA ESTÁ ESCRITO EN LAS RAÍCES DE UN ÁRBOL

“La biblioteca es muy grande y tiene muchas estanterías para buscar en ella, en la red de códigos podemos buscar también libros y videos de manera más rápida”, seguía pensando Celeste.

Caracara ya había ingresado la búsqueda en la red de códigos y le habían aparecido muchos resultados, pero uno le llamó la atención. “Celeste, mientras tú pensabas, ya hice la búsqueda, mira este resultado”. Celeste se acercó a la pantalla y leyó: *El lenguaje de los árboles*, siguió leyendo y de inmediato anotó en su bitácora un extracto del libro.

“En la simbiosis del bosque, no sólo los árboles intercambian información..., sino también los arbustos y la hierba, en realidad todas las plantas... los árboles se comunican a través de los olores, visual y eléctricamente (por medio de una especie de células nerviosas que se encuentran en la punta de las raíces). ¿Y qué ocurre con los sonidos, también oyen y hablan?”

Extracto del libro de Peter-Wohlleben “La vida secreta de los árboles”.

“Fascinante este libro”, reflexionó Celeste. “Gracias, Caracara, como siempre eres el más sabio”. Caracara se reía porque para él todos somos sabios o al menos estamos en camino a ser seres de sabiduría. “Entonces, Caracara, esto significa que puedo encontrar el árbol ancestral, preguntándole a cualquier árbol, flor o planta que encontremos”, afirmó, en un tono casi premonitorio Celeste. “Así es”, respondió Caracara con la certeza de que se estaban acercando al final de su búsqueda. “Pero qué pena, justo en esta ciudad han utilizado todos los árboles para sus máquinas de vapor... ya no quedan bosques...”, pensó cabizbaja Celeste.

Caracara esperaba pacientemente, confiando en que Celeste ordenara sus pensamientos y se no abatiera por esa emoción de tristeza. “Quizás podríamos volver a visitar a nuestros amigos de las otras zonas... ¡Oh no!, el mapa no me muestra el símbolo mágico! Estoy desconcertada, Caracara, muy desconcertada”, estaba a punto de llorar Celeste.

“¡Calma, Celeste, calma!”. Caracara se acercó y con mucha suavidad le pidió que se calmara y recordara los consejos que su abuela le había dado para sentirse mejor. Celeste, entonces, recordó vívidamente a su abuela enseñándole a respirar profundo y a relajarse.

Se alejó de la pantalla del computador y se sentó a meditar unos minutos. Cada vez, se fue tranquilizando más y más... ya estaba sintiéndose mejor, cuando de pronto empezó a emanar una potente luz desde el amuleto que Caracara le había regalado. La luz inundó todo el espacio con esferas de colores vívidos, formas de arcoíris y destellos que se reflejaban en las ventanas y los cristales de la biblioteca.

A Celeste le pareció ver miríadas de universos en el espacio frente a ella y se dio cuenta que el mapa con el símbolo mágico, el amuleto y Caracara se manifestaban en una dimensión translúcida y luminosa.

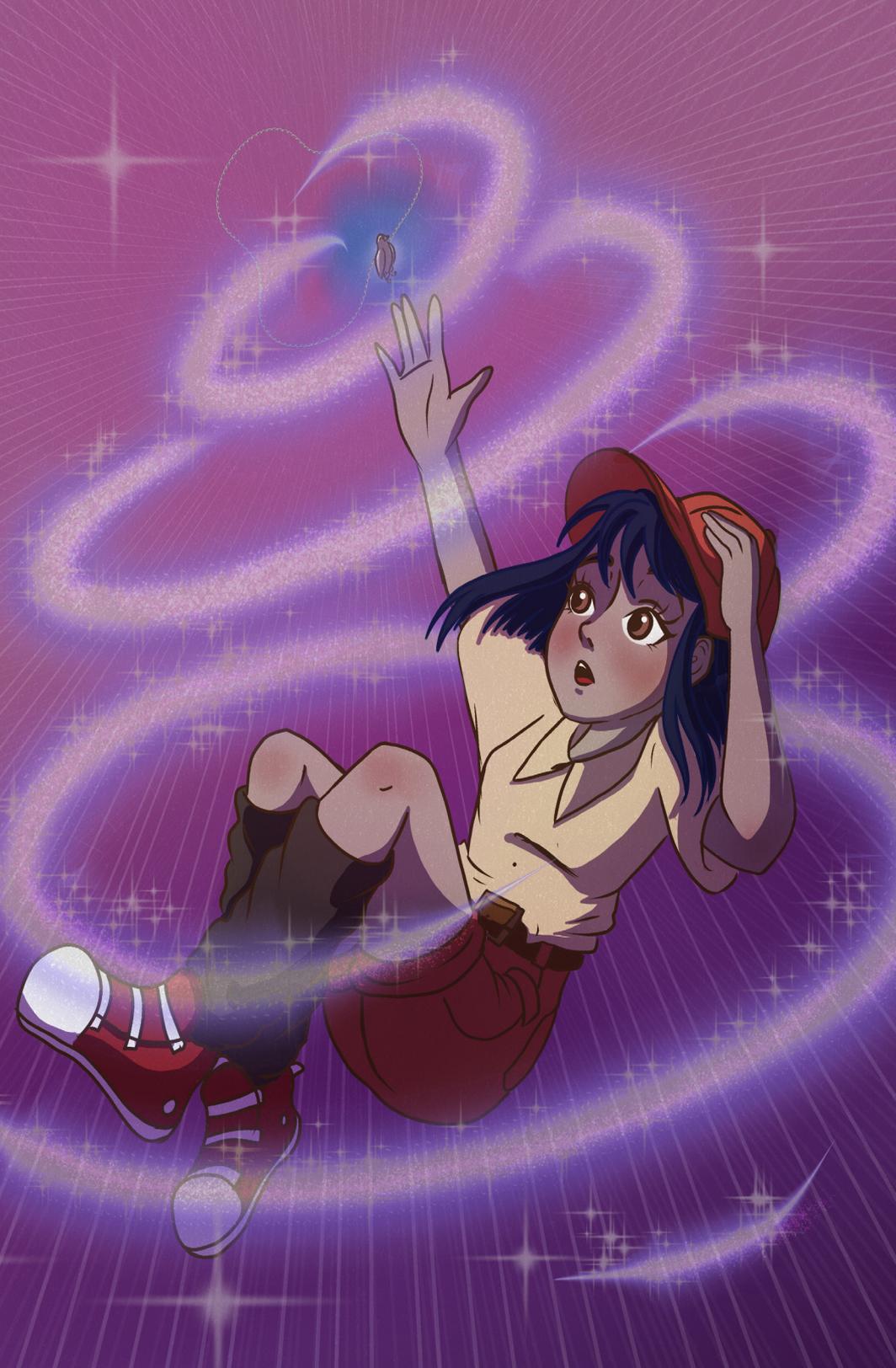
De pronto la figura de Caracara se desvaneció, el amuleto se volvió muy tenue y del mapa con el símbolo mágico solo quedó una estela de luz violeta. Celeste sintió que la luz la envolvía y se vió transportada a incontables dimensiones sutiles.

Miró con detención a su alrededor, se encontraba nuevamente en la Ciudad de Ko y al frente suyo estaba el árbol, en cuya raíz había descubierto la cápsula con el mapa en su interior.

Se sintió aliviada de haber regresado a su casa, pero a la vez confundida. “¿Dónde estaba Caracara?, ¿Volvería a verlo?”, se preguntó con un poco de nostalgia.

Acercándose al árbol, lo observó un instante. Y como si un velo cayera de sus ojos, se dio cuenta que el árbol ancestral que había estado buscando, se encontraba frente a sus ojos.

“El destino del planeta está escrito en las raíces del árbol ancestral”, pensó Celeste. “Solo tenemos que aprender el lenguaje de los árboles”, murmuró y siguió murmurando las mismas palabras, abrazando con fuerza el gran árbol ancestral.



Celeste, una joven valiente y curiosa, se embarca en una emocionante aventura cuando descubre un mapa mágico en una tierra oculta. A lo largo de su travesía, está acompañada por Caracara, un pájaro de aspecto peculiar pero lleno de cualidades extraordinarias que lo hacen especial. Juntos, exploran los misterios del mapa, que guarda secretos fascinantes y revela un símbolo místico. Al tocarlo, este símbolo tiene el poder de transportar a Celeste y a Caracara a cualquier lugar que deseen visitar, guiándolos a través de diversas ciudades y proporcionándoles información vital sobre la crisis climática que amenaza su mundo.

Su misión principal es encontrar el árbol ancestral, un ser antiguo que conserva las memorias de todos los seres que habitan el planeta. A lo largo del viaje, enfrentan múltiples desafíos y peligros, pero también conocen nuevos amigos que los acompañan y les enseñan valiosas lecciones sobre la importancia de proteger la naturaleza y preservar los árboles, esenciales para la vida en la Tierra.

Este relato se integra en un proyecto de enseñanza inclusiva que promueve el aprendizaje personalizado para personas que enfrentan barreras en el aprendizaje y la participación, disponible en <https://arbolancestral.udec.cl/>